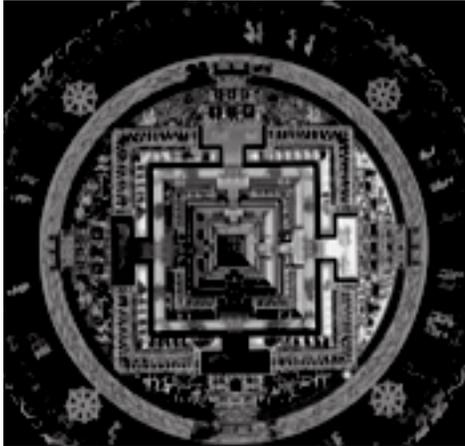


Mandalas digitales

José Gordon



Mandala Kalachakra, *La rueda del tiempo*

Vea este diagrama detenidamente. Es un mandala, un círculo sagrado de la cultura tibetana, un instrumento para penetrar otra realidad. ¿Cuáles son las claves para entrar a ese mundo? ¿Qué es lo que está al otro lado de este espejo?

Julio Cortázar consideraba que estas geometrías eran una especie de laberinto místico en donde el iniciado va al encuentro de su propio centro. En la novela *Rayuela* (que en un principio Cortázar pensó titular *Mandala*), aparecen las siguientes palabras: “Escribir es dibujar mi mandala y a la vez recorrerlo, inventar la purificación purificándose”.

Por su parte, Carl Gustav Jung literalmente los dibujaba. En su Cuaderno Rojo, un diario que por primera vez se exhibe en el Museo Rubin, en Nueva York, se registran los apuntes de lo que serían sus principales aportaciones teóricas en el entendimiento de la mente, se pueden ver los dibujos y las gráficas con los que visualizaba sus ideas. Jung solía interpretar sus sueños dibujando mandalas. Mediante este proceso, descubrió que estos círculos dentro de círculos eran el sendero hacia su propio centro. Ahí se encontraba (literalmente

también), la cuadratura al círculo, el arquetipo de la totalidad que abarca lo consciente, lo inconsciente y nuestros profundos sustratos colectivos.

Volvamos a ver el diagrama inicial en este texto. ¿Cómo entramos a este mundo? ¿Será una especie de estereograma, ese tipo de gráficas y tarjetas postales que con los ojos distraídos (un poco bizcos) nos permiten ver en tercera dimensión? Se revela una clave: hay que mirar al mandala como si nuestros ojos lo estuvieran observando desde el techo, como si viéramos un plano arquitectónico de dos dimensiones que privilegia la vista aérea. El siguiente paso es utilizar el ojo de la tecnología. Mediante la computadora, la imagen se realiza en tres dimensiones y empezamos a hacer un recorrido virtual por el interior del diagrama. El proceso de animación del mandala digital nos permite caminar en medio de los pasillos y muros transparentes de ese espacio hasta llegar al centro del círculo. Este ejercicio fue realizado por Kavita Bala, profesora asistente en ciencias de computación y del programa gráfico de cómputo en la Universidad de Cornell. Los monjes budistas del monasterio Namgyal en Ithaca colaboraron en este trabajo para ayudarnos a ver lo que ellos están entrenados a visualizar.

Apreciamos así que lo que parecía plano, en realidad tiene cinco pisos. Es un pa-

lacio de conocimiento. En la planta baja está el mandala del cuerpo. En el siguiente piso, se encuentra el mandala del habla. En el centro de este espacio, en una plataforma más alta, se encuentra el mandala de la mente. Sobre este nivel se levantan dos pisos más: el mandala de la sabiduría exaltada y el mandala de la gran felicidad que tiene un loto verde en donde reside la deidad llamada Kalachakra, la rueda del tiempo. Alrededor del loto hay una joya negra y un árbol amarillo que conceden todos los deseos.

El Dalai Lama plantea que el mandala Kalachakra es parte de uno de los más importantes ritos de iniciación de su cultura. Este diagrama, como se puede ver en una película de Werner Herzog sobre el tema, se dibuja laboriosamente con arena de diversos colores. El proceso de esta gran obra de arte lleva varias semanas. El mandala, de acuerdo con esta tradición, se vuelve la residencia temporal de setecientos veintidós deidades. Una vez realizado, se desmantela y se arroja a un río o al océano para recordar la impermanencia de la vida y para esparcir por el mundo la bendición de lo sagrado. De esta manera, se inventa la purificación purificándose. Todos los laberintos, geometrías y palacios conducen al corazón del deseo y del pensamiento, al centro de la existencia. **U**

